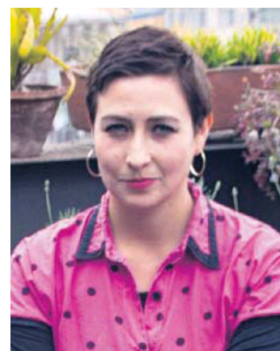


LIBROS / Reportaje

Los niños de la represión chilena llenan los silencios

Crecieron durante la dictadura de Pinochet y hoy forman una destacada generación literaria. Comparten una reconstrucción de la memoria que se mueve entre lo íntimo y lo político. Por Ricardo de Querol



DOS NIÑAS FUMAN SUS primeros cigarrillos y toman restos de bebidas alcohólicas a escondidas aprovechando la escasa atención de los adultos durante la fiesta en casa de una de ellas. No entienden la excitación con que se festeja el triunfo del "no" en el plebiscito que acabó con la dictadura de Pinochet en 1988. Entre los mayores saltan, en medio del júbilo, viejos rencores —"hocicón de mierda, cagón, tú no brindas por nadie, hijodeputa"—, así que las niñas prefieren concentrarse en su iniciación en los vicios.

Es el punto de partida de *La resta*, de Alia Trabucco (Santiago, 1983), una de las sorpresas de la temporada literaria en Chile. Los nacidos en los años setenta y ochenta, que eran niños durante la represión, a los que sus padres protegían callando antes que compartiendo, son hoy una destacada generación de narradores. Su mirada tiene puntos en común: el primero es un intento de llenar los huecos que dejaron esos silencios. Lo autobiográfico tiene un fuerte peso en sus obras, en los que la memoria pasa de lo íntimo a lo político. Tienen una visión crítica de la transición a la democracia en su país. Coinciden en el gusto por el cuento o la novela breve. Y abundan algunos rasgos estilísticos: muchos ejercen una prosa directa, de frases cortas. Pero también se ven influencias de la poesía y del vanguardismo.

Sergio Parra, veterano librero y editor que dirige Metales Pesados, sostiene que desde el *boom* no aparecía en América Latina una generación de narradores tan reconocible. "Comparten lo mismo: escuchan igual música, ven películas, hacen guiones, programas de humor. Tienen influencia de lo multimedia, de la *performance*. No tienen miedo a escribir. Y no necesitan ser autores de una gran novela". Su obra tiene más de puzle. Están lejos de la grandilocuencia.

Las referencias más claras son Roberto Bolaño, Nicanor Parra o Alberto Fuguet, así como el argentino César Aira. *Babelia* dialogó con 10 de estos autores en Santiago de Chile, Valparaíso, Londres y (vía electrónica) Nueva York. Estas son sus reflexiones.

Literatura de hijos

La expresión "literatura de hijos" la utilizó Alejandro Zambra (Santiago, 1975) para titular un capítulo de *Formas de volver a casa* (Anagrama, 2011), una exploración de su propio pasado. "Los de mi generación vivimos la democracia y la adolescencia al mismo tiempo. Nos dimos cuenta de que

solo la segunda era totalmente cierta", explica este autor entre clase y clase de las que imparte en la Universidad Diego Portales. "En los noventa tuvimos una gran sensación de orfandad. Se daban los problemas por archivados, pero advertimos que no lo estaban". Y añade: "Para explicar cualquier cosa en Chile tienes que ir a la dictadura. Es muy difícil no hablar de ella".

Para la crítica Lorena Amaro, la de los hijos es "una literatura cargada de culpas: la dictadura fue tan larga que dio tiempo a que los niños crecieran y entendieran lo que estaba ocurriendo, pero no duró tanto como para que pudieran combatirla realmente". Así que, lejos de la épica, estos escritores denuncian "el mutismo de la clase media, su servilismo ante las élites y su complicidad con los atavismos del poder".

Lina Meruane (Santiago, 1970) detesta la expresión "hijos de la dictadura". "Qué castigo, pienso, que ese sea el nombre que se dio a esa generación como si hubiéramos sido parte". Esta escritora identifica la literatura de "posmemoria" como "relatos de segunda mano donde los narradores se

tasman de sus infancias. Un pasado no tan inocente. "Hay algo terrible en la infancia, que siempre es narrada *a posteriori* para construir una identidad", dice la autora.

Infancias siniestras

Es una señal de identidad de este grupo: entienden la memoria de la infancia como algo reconstruido, por uno mismo y por el entorno. Poco fiable. *Space Invaders* (Alquimia, 2013), de Nona Fernández (Santiago, 1971), es una novela breve entre nostálgica y terrorífica en la que los recuerdos de alumnos de los colegios de los ochenta se enredan con los sueños de los adultos. La misma autora escribió *Fuenzalida* (Random House Mondadori, 2012), el intento de reconstruir la vida de un padre ausente en el horror de esos años. En ambas, la frontera entre lo autobiográfico y la ficción es muy difusa.

"No creo en la memoria oficializada", afirma Nona Fernández. "Había muchos agujeros negros, cosas que se inventaron. Fuimos una generación rara que tuvo conciencia de lo que ocurría, pero no llegaba a entenderlo. Nos quedamos sin respuestas: algunas siguen sin llegar. En unos casos, porque el dolor fue demasiado grande; en otros, porque eran de los que no querían saber". En estos libros abundan los saltos en el tiempo, las tramas paralelas en el presente y en un pasado de miedo, sangre y plomo. Y se indaga en el destino de tantos desaparecidos: los que liquidó el régimen y los que se escondieron tras identidades falsas.

Son frecuentes las miradas a lo doméstico y familiar para indagar en las debilidades humanas. Alejandra Costamagna (Santiago, 1970) escribe cuentos tan inquietantes como los reunidos en *Animales domésticos* (Mondadori, 2011), donde las mascotas son el pretexto para observar una galería de personas presas de la incomunicación. Costamagna pone el foco en el detalle, en "las mierditas del día a día, los conflictos que están tapados por una superficie de aparente calma".

Minimalismo

De la tendencia a la concisión es un ejemplo la propia Costamagna. La autora ha escrito su primera novela, *En voz baja* (LOM, 1996), comprimiéndola tanto que ha acabado en un cuento de 35 páginas, incluido en *Había una vez un pájaro* (Cuneta, 2013). Costamagna entendió que en la primera versión, escrita cuando era una "mocosa", había "ruido, sobreexplicaciones, personajes-maquetas y un lenguaje altisonante".

Zambra ha escrito novelas cortas como *Bonsái* (Anagrama, 2006), el relato sobre una pareja que comparte el erotismo y las lecturas, y que empieza contando el final. Sus obras no suelen alcanzar el centenar de páginas. Tampoco la última, *Facsimil* (Sexto Piso, 2015), que da un nuevo salto formal: el texto se estructura como un examen de acceso a la universidad (la Prueba de Aptitud Verbal), en el cual el alumno se sitúa ante fragmentos de textos que debe ordenar o descartar en parte. Se presentan así pequeñas historias o reflexiones muy cotidianas (¿por qué ya no se saluda en los ascensores?). Con ese formato "se volvió muy relevante la posibilidad de desordenar todo, de eliminar los detalles y las redundancias. Empezó como una parodia y acabó en autoparodia. Una parodia amarga", dice.

Lo íntimo, lo personal

Bastantes escritores chilenos participan de la tendencia (global) de que el escritor se ponga a sí mismo como personaje. Aunque, subraya Zambra, "la honestidad de un escritor es con su tiempo, no con su vida. Y la ficción no es lo opuesto a la verdad; ¿como si la vida no incluyera los sueños?".

Rafael Gumucio (Santiago, 1970) se ha puesto de personaje una y otra vez. Es el autor de *Memorias prematuras* (Debate, 2000),

8 EL PAÍS BABELIA 04.07.15



Junto a estas líneas, Rafael Gumucio, Nona Fernández, Diego Zúñiga y Alejandra Costamagna, en Santiago. Foto: Nicolás Abalo

En la otra página, de arriba abajo, Alia Trabucco, Alejandro Zambra y Natalia Berbelagua. Fotos: C. Álvarez, R. de Querol y D. Guzmán

que escribió antes de cumplir los 30 años y que aportó el punto de vista del exiliado. El autor pasó su infancia en Francia y regresó a Chile a los 14 años. "Fue un *shock*. Ese país al que volvía no era mi país, porque no tenía ningún recuerdo de él. Así que era un descubrimiento que tenía que hacer en voz baja". Gumucio reflexionaba ahí sobre el desarraigo. "Era una confesión de fragilidad, escrita más desde la duda que desde la certeza". Gumucio no solo ha sido personaje él mismo, sino que hizo protagonista a su abuela, una gran influencia en su vida, en *Mi abuela*, Marta Rivas González (Ediciones UDP, 2013). El autor considera a esa mujer de vida intensa, exiliada dos veces, "el hombre de la familia", un modelo de virilidad.

Otros episodios negros

No solo de la dictadura y de la transición escriben los jóvenes autores chilenos. A sus 28 años, Diego Zúñiga (Iquique, 1987) ha tenido éxito con su segunda novela, *Racimo* (Literatura Random House, 2015), un relato en torno a la desaparición de más de una decena de chicas adolescentes que estudiaban en un colegio en Alto Hospicio, en el desierto norte de Chile. Aquel suceso aún duele: los familiares de las víctimas se toparon con la incompreensión e incompetencia de las autoridades (un miembro del

Gobierno sugirió que las chicas se habían fugado debido a su "promiscuidad"), hasta que se descubrió que era un psicópata el que estaba detrás de 14 asesinatos. Sin pretenderlo, a Zúñiga le salió una novela negra, ambientada en un lugar desolador, donde se ubicaba además una fábrica de armas. "El cementerio perfecto", dice Zúñiga. "No me interesaba el asesino en serie, hablo de la herida del país, que está lleno de casos así".

Si Zúñiga nos lleva al lejano norte de Chile, donde nació, la poeta Gloria Dünkler (Pucón, 1977) es del extremo sur. Y sus historias se sitúan un siglo atrás en esa tierra fría y remota, donde se asentaron colonos alemanes y los indígenas mapuches, a su vez, fueron desplazados a los cerros. En ese contexto se sitúan sus dos poemarios: *Fische von Llafenko* (Ediciones Táticas, 2009) y *Spandau* (2012). El primero se centra en el choque entre alemanes y mapuches. En el segundo se habla de los criminales de guerra nazis refugiados allí. La tercera entrega, que se llamará *Yatagan*, aborda la matanza, el 5 de septiembre de 1938, de unos 60 jóvenes nacistas (con c, variante autóctona de la ideología hitleriana) al aplastarse un conato de revolución pretendidamente nacionalsocialista. "Es un tema tabú, incómodo", cuenta. "Fue una masacre, pero, como las víctimas eran de tendencia nazi, no fue

Clases de letras chilenas

Los literatos de Chile son protagonistas en dos eventos del verano cultural español.

Encuentro 'Nueva literatura chilena'. Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Santander, del 15 al 17 de julio. Con Jorge Edwards, Alejandra Costamagna, Gloria Dünkler, Pablo Simonetti y Carlos Franz. Información en www.uimp.es

La Mar de Letras. En el marco del festival La Mar de Músicas, en Cartagena, del 20 al 23 de julio. Con Alia Trabucco, Alejandra Costamagna, Carlos Franz, Gloria Dünkler, Jorge Edwards y Pablo Simonetti. Información en www.lamardemusicas.com

recordada". La poeta quiere combatir ese olvido. Aunque asegura que inició esta serie sin otro objetivo que "una búsqueda personal, una indagación en la sombra del yo".

Fenómeno independiente

Dünkler, sorprendida por la repercusión de su obra, es un ejemplo de la pujanza de las editoriales independientes, una de las claves del momento cultural chileno. Otro caso llamativo es el de Natalia Berbelagua. La joven escritora de Valparaíso (nacida en Santiago en 1985) alcanzó notoriedad con *Valporno* (Emergencia Narrativa, 2012), una colección de cuentos de sexo descarnado, que mira lo más oscuro y sucio que ocurre puertas adentro en una sociedad aparentemente muy formal. Un grito *punk*, una provocación que salió del circuito de lo *underground* tras ser elogiada por Nicanor Parra. Si *Valporno* trataba de la perversión hasta lo repulsivo, *La bella muerte* (2013) se fijaba en la crueldad extrema. Sin embargo, su tercer libro, *Domingo* (2015), da un giro y aborda sus recuerdos de infancia, adolescencia y juventud en forma de diario íntimo y en un tono de gran melancolía. Y destaca, de nuevo, una mirada nada inocente sobre la niñez: "Yo trato el horror cotidiano", dice. "La infancia como terreno feliz no es tal".

Como no todo lo alternativo se entiende bien, a Natalia Berbelagua le preguntan a menudo si es sadomasoquista, como a Gloria Dünkler algunos la miran mal por si es nazi. No todo el mundo supo leer sus obras.

Una mirada escéptica

Carlos Franz (Ginebra, 1959) no pertenece a esa oleada de veinte, treinta y cuarentañeros, sino a la generación que era madura durante la transición. Al pedirle opinión sobre los que van detrás, discute el concepto: "Hay gente muy diversa", entre quienes destaca a Zambra. "No hay tendencias dominantes, sino una ausencia de líderes. Como en la política", ironiza. El autor de *Almuerzo de Vampiros* (Alfaguara, 2008) discute las lecturas críticas de la transición iniciada en 1988. "La transición fue algo extraordinario. Sin un tiro, sin una gota de sangre. Inclusiva y con éxito económico", sostiene. Pero admite que "la fórmula se ha vuelto insuficiente".

El librero Parra sitúa a los autores jóvenes en su momento político: un Chile agitado por las protestas sociales y contra la corrupción. "Es una generación muy honesta. Han hecho la transición a la adultez en una sociedad sin transparencia y sin autoridad. Es curioso: sus padres venían de lo autoritario, ahora no hay autoridad".

¿Reproche a los padres?

En la construcción de un nuevo discurso sobre la dictadura parece implícito un rechazo a la versión de sus padres. Pero los autores que pasan los 40, padres a su vez, evitan ese choque. "Me siento en paz con ellos. Logro entenderlos", dice Nona Fernández. Para Costamagna, en los libros se oye "la voz del hijo como la de un detective. Ya no haciendo un ajuste de cuentas con sus padres, sino poniéndose en su lugar". Gumucio es claro: "Ya pasé la etapa de reproche; ahora estoy en la de ser padre y culpable yo".

En *Formas de volver a casa*, Zambra lo confiesa con belleza: "No quiero hablar de inocencia ni de culpa; quiero nada más que iluminar algunos rincones, los rincones donde estábamos. Pero no estoy seguro de poder hacerlo bien. Me siento demasiado cerca de lo que cuento. He abusado de algunos recuerdos, he saqueado la memoria y también, en cierto modo, he inventado demasiado". •

EL PAÍS | BABELIA 04.07.15 9